

# Tribuna anarquista

## ¡Guerra a la guerra!

Yo he dicho, hace ocho días, que nosotros tenemos necesidad de la paz y que la paz necesita de nosotros.

Nada quiero añadir hoy a esa afirmación. Me contento con lograr atraer la atención de todos los lectores y amigos sobre la importancia primordial del problema de la paz o la guerra, en la hora presente.

Para nosotros, anarquistas, es indudable que la cuestión social es y continuará siendo el **capital** y mismo el **único** problema; nos afirmamos en esto porque sabemos que: por un lado, el acarreá fundamente la solución de todos los demás problemas, y por otra parte, ningún otro puede ser real y definitivamente ser resuelto, sin que lo sea previamente el problema social.

Nosotros tenemos la inquebrantable convicción de que la guerra, consecuencia del sistema social presente, ha de desaparecer con el régimen que la engendra.

Nosotros estamos firmemente seguros de que la guerra, formando parte, como la miseria, la ignorancia y la esclavitud, del triste cortejo de males e iniquidades que arrastra tras sí el principio de autoridad, la paz podrá únicamente asegurarse con la supresión de ese principio y con el advenimiento efectivo del principio de libertad.

Es por lo que no perdemos de vista un solo instante la lucha que se ha de proseguir sin interrupción contra la autoridad y el conjunto de instituciones sobre las cuales se apoya.

Pero la razón, fijos los ojos en los acontecimientos que se desarrollan con rapidez vertiginosa en el mundo, hace notar, nos indica sabiamente que nuestro esfuerzo inmediato debe concentrarse contra el peligro más próximo, y parece evidente que la guerra es, actualmente, el peligro más inminente y más temible.

Tranquilemónos: la batalla contra la guerra, que urge y es necesario emprender inmediatamente, con toda la energía de que somos capaces y la máxima perseverancia, esta batalla, repito, lejos de desviarnos de la propaganda y de la acción específicamente libertaria, la alienta y vivifica.

Porque nuestras críticas contra el militarismo, el patriotismo y la guerra se inspiran constantemente en el odio que profesamos a todas las manifestaciones de la autoridad, y en razón mismo del carácter inhumano y bestial que el militarismo y la guerra rodean a la autoridad, cuantas tesis exponemos contra la guerra fortalecen nuestros ataques contra la autoridad y todas nuestras concepciones favorables a la paz vienen a vigorizar las tesis libertarias que propagamos en todo momento.

Así, pues, luchar contra la guerra es luchar contra la autoridad y militar por la paz es militar por la libertad.

No tenía razón al decir la semana pasada que **sen la Sociedad como en la nación, todo guarda relación, todo se encadena, nada vive completamente separado?**

SEBASTIAN FAURE  
(Traducción, F. Ocaña)

## ¿Qué se espera?

Aun sabiendo de antemano que este trabajo tendrá la virtud de levantar multitud de sonrisas escépticas y maliciosas entre la gran fauna de santones y aspirantes a jallatados de la clase obrera, vamos a exponer la opinión (razonada a nuestro entender) de la forma en que anarquistas, sindicalistas y hombres ansiosos de libertad en fin, deberíamos comportarnos en los momentos oportunistos que atravesamos.

Sin remontarnos a analizar las causas ya olvidadas de tan harto sabidas, solamente nos atenderemos a los efectos: En España, el malestar entre la clase productora, útil, tiene arraigadas raíces.

No hace falta meditar a fondo y torturar la mente, para que se represente como una cinta cinematográfica, la visión con infinidad de cuadros de miseria, dolor y descontento que aqueja desde bastante tiempo a los habitantes del solar ibérico.

Comarcas enteras gimen en la más espantosa miseria por causa de la crisis del trabajo (según se ha dado en llamar, aunque sabemos que no es eso), y no hay pueblo industrial o agrícola que en más o en menos escape a estos efectos.

Y no solamente son los sin trabajo los que rugen de odio contra este sistema y sus hombres que le dan plomo y hierro a sus demandas de pan, están también los que tienen la fortuna (?) de que sus brazos estén alquilados rebozando rebeldía por todos sus poros.

Aunque algunos piensen o digan lo contrario, los trabajadores, esa masa tan vilipendiada no solamente por los canchales que se sientan al banquete de la vida, sino hasta por los mismos esclavos que se dicen sus directrices, hasta sublime y plástica de indignación y muy bien dispuesta para un hecho revolucionario en el que se infunde dar fin a tanto catelismo.

A los que esto aceptamos y creemos, se nos tilda de locos e incongruentes y utopistas, pero nosotros razonamos nuestro aserto y decimos a los que predicán paciencia y cultura:

¿Qué quiere decir que no estamos preparados? ¿Lo estaremos jamás, a caso, tanto como para poder pronosticar con infalibilidad que se inicie la revolución, para coronarla con éxito, como no sea para el año 50.000?

Si la espera es para esa fecha, ¿quién es capaz de hacer un solo adepto? En este caso sería todo inútil, ya que la revolución natural de la humanidad nos llevaría allá.

Por el contrario, nosotros decimos: el pueblo sufre y de resultados de ello siente ansias emancipadoras. ¿Por qué no traducir sus deseos, que son los nuestros, en un intento o prueba? ¿Que cuesta vidas? ¿Acaso no sería más digno perderlas de golpe en la busca de una finalidad como la que nuestros cerebros gravitan, que iría dejando cobardemente en brazos del hambre y en la calle en pequeñas escaramuzas?

Continuamente corren unas rachas de huelgas, más o menos violentas, por toda la península, pero tan distanciadadas, que con ello no se consigue otra cosa que perder hombres y energías inútilmente,

ya que finalizan las más de las veces sofocadas violentamente por los sicarios del capital, y cuando más, con la concesión de unas miserables migajas.

¿Por qué no se hace una huelga general revolucionaria indefinida con cualquier pretexto, y de resultar favorable en principio, seguiría hasta que degenerase en una revolución social?

La C. N. T. y la F. A. I. hoy cuentan con suficientes hombres para intentarlo.

Al menos nos quedaría la satisfacción de haber cumplido nuestro deber de hombres libertarios: contando en que nada se perdería, pues ello implicaría una experiencia y un motivo más para realizar otro levantamiento, ya que la reacción se ensañaría y el descontento se multiplicaría.

Téngase presente que si desperdiciamos esta ocasión vamos muy pronto a retroceder y tener que esperar de nuevo. La democracia gubernante, con la ayuda de los socialistas se consolidan en el poder, y no tardará mucho que seamos perseguidos como alimañas, y deshechos nuestros organismos.

Medítase bien, y los que, gastados se vean inservibles para hacer algo en este sentido, apartéense honradamente antes que ser estorbo y rémora ante las ansias libertadoras y que tengamos que apartarnos a la voz de afoso a la Revolución.

Y los que sintáis deseos de lo que exponemos y creáis llegada la hora, acosa a los Comités, para que se convenzan de una vez que los trabajadores están muy por encima de la mayoría de ellos.

María LUZ

## Pro - Rebelión

Comaradas: Deseando plasmar en una realidad inmediata la publicación de nuestro órgano de combate REBELION, para exteriorizar la acción insurgente de nuestras doctrinas rebeldes y llevar al cerebro de los oprimidos la luz que los emancipe y los dignifique como hombres libres, solicitamos a todos cuantos hayan recibido listas de suscripción nos remitan los fondos recaudados y las listas a la mayor brevedad, para de esta forma hacer su comprobación y llevar las cosas administrativas en buen orden y a satisfacción de todos.

Los camaradas y correspondientes que nos piden envío de folletos «La Mujer», que no lleven a mal que no los contestemos, Hemos tomado buena nota de sus pedidos y cuando la edición esté terminada serviremos todos los pedidos.

Rogamos a todos los que sostenían y tengan que sostener correspondencia con el grupo editor de REBELION, al aparecer esta nota en la prensa afín, lo hagan a la siguiente dirección: Rodolfo Cabezas. — Alcázar, número 47. Sevilla. (E. G.).

Los giras, a Rafael Peña, Hiniesta 11, Sevilla.

Confíados en que pondréis interés en nuestro ruego, os saludamos anárquicamente: Por el grupo editor EL COMITE

## Rosa de fuego

Prostitución es todo aquel acto unilateral o bilateral que acogiéndose al poder magnánimo de la moral al uso, y al influjo mágico, pernicioso y trágico de la Ley, se aprovecha de las ventajas inauditas que proporciona y ocasiona la misma—particularmente beneficiosa en aquellos que sólo viven para mandar, obedecer y relajarse—, para hacer un monumento o memento diabólico a la santa alberca del sensualismo, y una caricia más al chulo redomado del placer y aprecio culpables, que es el principio de autoridad.

Con el polvo ululante de nuestros huesos—que es la «plus-valia» rencorosa y mureta, la explotación intervencional—, fabricamos el pan de nuestra esclavitud, el pan de nuestro ludibrio diario, Y con el fuego aborrajado de nuestra sangre proletaria, levantamos los futuros esclavos que han de velar siniestramente el cortejo fúnebre de los mártires... Y, por un cacho de este pan incomprensible y escarnecido, nos pelamos los mismos elementos que lo integran, sin comprender el alcance eficiente de nuestras disputas y resquemores, y lo que hacemos es lamer las pudendas lúcticas y sifiliticas de nuestros varicentidos y grasientos detentadores del Poder, del Capitalismo, de la Moral y de la Cama Redonda. En vez de procurarnos una pistola a un rebuque de los más rabiosos, nos acariciamos el meollo con pérfidas y enlodadas palabras, dejando a los enemigos que irrumpen en nuestro conformismo, y para que agujerren nuestros cuerpos las balas de la Guardia civil; para que las sombras de la esclavitud voluntaria nos iluminen el cazo de bazofia y el vientre de una hembra, con el himen carbonado por la criminal y maloliente moral al uso.

La causa o principio energético de la Prostitución radica en el Poder estatuido, en el americanismo machorra del Estado. Por eso la tesis comunista estatal, quiere salvar la prostitución sacrificándola por el amo. Lo mismo para con las instituciones y todo quisque y gozque oficial, aunque digan «mutatis-mutandis». Porque el dejar hacer, dejar pasar, lo amaña, adulcora y joroba todo. ¿No? que me aten la lengua al rabo, si no tengo razón. Y que no me vengan los adrigoríficos con paños calientes y bollos soflama del «determinismo económico», pues el estudio y milicia racional de todo mando hay cognoscible, nos impide serenamente que seamos frailes obreros de la Economía política y de las «cuestiones científicas». Por esta razón antropológica, frenológica, etc., etc., no aceptaremos nunca a este muñeco bilidinoso y macarrónil llamado el Estado. La Prostitución radica en el vientre agusanado de la Moral; habla por boca del Vicio y honesta las buenas costumbres y la mierda que evacua es el plato fuerte de los que velan por el orden... de sus crímenes y por la lentitud e inandad de sus vicios canallas. El orden público es la descomposición de la aureola autoritaria. Aunque como siempre el Estado abarate la carne de acupelo, de coxitazo, de lupanar y de guardia civil, no cejaremos con nuestras razas contundentes, porque ya estamos hartos de ser esclavos y de servir a macarrones, por muy aleológico que sean.

Angel SIERRA

## El principio de autoridad

El principio de autoridad, más que en los individuos que la ejercen, reside en los cerebros de los que creen necesaria su existencia. Es allí donde hay que extirparlo porque es allí donde tiene sus raíces como el árbol tiene las suyas en la tierra que le sustenta.

Nietzsche decía que el Estado muere con dientes robados. Yo creo más bien que el Estado muere con dientes «prestados». Y es el pueblo quien presta al Estado los dientes con que el Estado ha de morder al pueblo.

La autoridad tiene una fuerza ficticia; es el pueblo quien se la da.

El semanario «Mirador» después de las elecciones del 28 de junio que dió la aplastante victoria a l'Esquerra de Catalunya, decía en un entrefilete: «Ahora ya nos diréis con qué se sostenía la Monarquía». La respuesta es bien sencilla. Porque el pueblo quiso soportarla. El pueblo podía desprenderse de ella y no lo hizo; podía desprenderse como lo ha hecho cuando ha querido. Fué soberano unos momentos y fueron momentos de verdadera Democracia porque el pueblo fué lo que no debía dejar de ser nunca: dueño de la situación. Después ha abdicado y vuelve a ocurrir y ocurrirá lo que él tolere que ocurra. Sin embargo, el pueblo no necesita más que una cosa para que se termine con lo que se deba terminar: la voluntad de acabarlo.

Ante esta voluntad, cuando realmente existe no hay autoridad posible; la autoridad es un mito.

El hombre que necesita de la autoridad, es un inválido.

Es necesario formar conciencias individuales si se quiere eliminar a los futuros gobernantes.

La ignorancia es el enemigo de la liberación de los pueblos y de la emancipación de los hombres. ¡Duro, pues con la ignorancia, que es el peor de todos los tiranos!

La cultura es el arma más eficaz contra el rebañismo; hay que fomentar, pues, la cultura verdadera, no esa mentida cultura cuya única misión consiste en fomentar el analfabetismo y la pobreza moral.

Si la liberación no viene delegando la voluntad para convertirse en un autómata, sino ejerciendo la capacidad de realización y autodeterminación, cultivemos y propaguemos el cultivo y el desarrollo del propio esfuerzo contra las dialécticas que preconizan la inercia voluntaria que es la síntesis de la esclavitud.

En los partidos y agrupaciones donde hay jefes o líderes existen borregos, pero no existen seres conscientes y responsables.

¿Arrima la emancipación anárquica que dice: la emancipación ha de empezar por uno mismo con la colaboración de aquellos que quieren ayudarte, porque ellos también necesitan emanciparse ya que la emancipación de todos ha de ser obra de cada uno?

José PALACIOS

## NUESTRO PROGRAMA

Al que tenga hambre y frío le enseñaremos cómo serlo posible y fácil asegurar a todos la satisfacción de las necesidades materiales. Al oprimido y vilipendiado le diremos que se puede vivir feliz en una sociedad de libres e iguales. Al atormentado por el odio y el rencor le enseñaremos el camino para alcanzar, amando a sus semejantes, la paz y la alegría del corazón.

Y cuando hayamos conseguido hacer nacer en el ánimo de los hombres el sentimiento de rebeldía contra los males injustos e inevitables que se sufren en la sociedad presente, y cuando les hayamos hecho comprender las causas de estos males y de que de la voluntad humana depende eliminarlos; cuando hayamos inspirado el deseo vivo, prepotente, de transformar la sociedad en bien de todos, entonces los convencidos por impulso propio y por impulso de los que les precedieron en la convicción, se unirán y querrán y podrán actuar las comunes ideas.

Hemos dicho ya que sería absurdo y en contradicción con nuestro objetivo querer imponer la libertad, el amor entre los hombres, el desarrollo integral de todas las facultades humanas por medio de la fuerza. Es necesario, pues, contar con la libre voluntad de los demás, y lo único que podemos hacer es provocar la formación y la manifestación de dicha voluntad. Pero será igualmente absurdo y contrario a nuestro objeto admitir que los que no piensan como nosotros vayan a impedir que ésta no lesione su derecho a una libertad igual a la nuestra.

Libertad, por consiguiente, para todos de propagar y experimentar las propias ideas, sin otro límite que el que resulta naturalmente de la igual libertad de todos.

Pero a esto se oponen—y se oponen con la fuerza brutal—los que se beneficián con los actuales privilegios y dominan y reglamentan la vida social presente.

Tienen éstos en sus manos todos los medios de producción, y por lo tanto suprimen, no tan sólo la posibilidad de ex-

perimentar nuevos modos de convivencia social, no tan sólo el derecho de los trabajadores a vivir libremente con el propio trabajo, sino también el mismísimo derecho a la existencia, y obligan al que no es propietario a que se deje explotar y oprimir si no quiere morir de hambre.

Tienen a su disposición la policía, la magistratura y los ejércitos creados expresamente para defender sus privilegios, y persiguen, encarcelan y matan a los que tiene sometidos.

Dejando a un lado la experiencia histórica (la que demuestran que jamás una clase privilegiada se ha despojada, en todo o en parte, de sus privilegios, que jamás un gobierno ha abandonado el poder sin que la fuerza le haya obligado a ello), bastan los hechos contemporáneos para convencer a cualquiera de que la burguesía y los gobiernos emplean la fuerza material para defenderse, no ya contra la expropiación total, sino contra las más pequeñas pretensiones populares, y que están siempre dispuestos a las más atroces persecuciones y a las matanzas más sangrientas.

Al pueblo que quiere emanciparse, no le queda otro recurso que oponer la fuerza a la fuerza.

De cuanto hemos dicho, resulta que debemos trabajar para despertar en los oprimidos el deseo de una radical transformación social y persuadirlos de que uniéndose tendrán la fuerza para vencer; debemos propagar nuestro ideal y preparar las fuerzas morales y materiales necesarias para poder vencer a las fuerzas enemigas y para organizar la nueva sociedad. Y cuando tengamos la fuerza suficiente, debemos, aprovechando las circunstancias favorables que se producen o creándolas nosotros mismos, hacer la revolución social, derribando con la fuerza el gobierno, expropiando con la fuerza

a los propietarios, y poniendo en común los medios de vida y de producción, e imponiendo al propio tiempo que vengan nuevos gobiernos a imponernos su voluntad y a dificultar la reorganización social hecha directamente por los interesados.

Todo esto, empero, es menos simple de lo que a primera vista podría parecer.

Tenemos que habérmoslas con hombres de la actual sociedad, hombres que están en condiciones morales y materiales pésimas, y nos engañaríamos si pensáramos que basta la propaganda para elevarlos a aquel grado de desarrollo intelectual y moral que es necesario para la actuación de nuestros ideales.

Entre el hombre y el ambiente social hay una acción recíproca. Los hombres hacen la sociedad tal como ésta es, y la sociedad hace los hombres tal como éstos son, y de esto resulta una especie de círculo vicioso; para transformar la sociedad es necesario transformar los hombres y para transformar los hombres es necesario transformar la sociedad.

La miseria embrutece al hombre, y para destruir la miseria es necesario que los hombres tengan conciencia y voluntad. La esclavitud educa a los hombres para esclavos, y para libertarse de la esclavitud se necesitan hombres que aspiren a ser libres. La ignorancia deja a los hombres sin el conocimiento de las causas de sus males y sin que sepan cómo remediarlos, y para destruir la ignorancia es necesario que los hombres tengan tiempo y modo de instruirse.

El gobierno acostumbra a la gente a sufrir la ley y a creer que la ley es necesaria a la sociedad, y para abolir el gobierno es necesario que los hombres se persuadan de su inutilidad y de su nocividad.

¿Cómo salir de este círculo vicioso? Acostumbradamente la sociedad actual no ha sido formada por la voluntad esclavizada de una clase dominante que haya

podido reducir todos los dominados a instrumentos pasivos e inconscientes de sus intereses. Esta sociedad es el resultado de mil luchas intestinas, de mil factores naturales y humanos agentes casuales sin criterios directivos, y por consiguiente no hay divisiones netas ni entre los hombres ni entre las clases.

Infinitas son las variedades de condiciones materiales; infinitos los grados de desarrollo moral e intelectual; y no siempre—diremos casi muy raramente—el puesto que uno ocupa en la sociedad corresponde a sus aspiraciones. Muy a menudo los hombres caen en condiciones inferiores a las que están habituados, y otros, por circunstancias excepcionalmente favorables, consiguen elevarse a condiciones superiores a aquellas en que nacieron. Una parte notable del proletariado ha logrado ya salir del estado de miseria absoluta, embrutecedora, o no ha podido nunca reducirse a ella; ningún trabajador, o casi ninguno, se encuentra en el estado de inconsciencia completa, de completa adaptación a las condiciones que quisieran los patronos. Y las mismas instituciones, tales como las ha producido la historia, contienen contradicciones orgánicas que son como gérmenes de muerte, los que al desarrollarse producen la disolución de la institución y la necesidad de la transformación.

De aquí la posibilidad del progreso; pero no la posibilidad de llevar, por medio de la propaganda, todos los hombres al nivel necesario para que quieran y actúen la anarquía, sin una anterior gradual transformación del ambiente.

El progreso debe marchar contemporáneamente, paralelamente en los individuos y en el ambiente. Debemos aprovechar todos los medios, todas las posibilidades, todas las ocasiones que nos deja el ambiente actual, para obrar sobre los hombres y desarrollar su conciencia y sus deseos; debemos utilizar todos los progresos realizados en la conciencia de los

hombres para inducirlos a reclamar e imponer aquellas mayores transformaciones sociales que son posibles y que mejor pueden abrir paso a progresos ulteriores.

Nosotros no debemos esperar a actuar la anarquía limitándonos a la simple propaganda. Si así hicieramos habríamos agotado pronto el campo de acción; habríamos convertido a todos aquellos que en el ambiente actual son susceptibles de comprender y aceptar nuestras ideas, y nuestra interior propaganda quedaría estéril; o si de las transformaciones de ambiente surgiesen nuevos estratos populares a la posibilidad de recibir nuevas ideas, sucedería esto sin la obra nuestra, tal vez contra nuestra obra, y por lo tanto acaso en perjuicio de nuestras ideas.

Debemos procurar que el pueblo, en su totalidad o en sus varias fracciones, pretenda, imponga, actúe por sí mismo todas las mejoras, todas las libertades que desea, tan pronto como las desea y tenga fuerza para imponerlas, y propagando siempre entero nuestro programa y luchando siempre en pro de su actuación integral, debemos empujar al pueblo a que pretenda e imponga cada vez mayores cosas, hasta que llegue a su emancipación completa.

La opresión que más directamente pesa sobre los trabajadores y que es causa principal de todas las sujeciones morales y materiales a que están sometidos los trabajadores, es la opresión económica, es decir, la explotación que los patronos y los comerciantes ejercen sobre los obreros gracias a la apropiación de todos los grandes medios de producción y de cambio.

Para suprimir radicalmente y sin peligro de retorno esta opresión, es necesario que todo el pueblo esté convencido del derecho que tiene al uso de los medios de producción, y que actúe este derecho suyo primordial expropiando a los detentadores del suelo y de todos las riquezas sociales poniendo éstas y aquí a disposición de todos.

Enrico MALATESTA